

Guía breve para aplicar *Evangelii gaudium*

V́ctor Manuel Ferńandez¹
Arzobispo de Tiburnia-Argentina

1. ¿Adormecidos, sordos y mudos?

El papa Francisco nos ha planteado un desafío importante. Nos dijo que *Evangelii gaudium* no es un documento más, porque tiene «un sentido programático» (EG, n. 25). ¿Qué significa esto? Que no es un documento para estudiar y comentar, o para tomarlo solamente como una inspiración o una motivación. Es un “programa” de trabajo para todos los católicos y para todas nuestras comunidades.

¿Se nota en nuestras diócesis y parroquias que nos hemos tomado en serio este programa que nos presenta Francisco? Si así fuera, tendrían que verse cambios importantes, tendría que llamarnos la atención la renovación, la vida y el dinamismo novedoso de nuestras comunidades. De hecho, el Papa dice que lo que él nos plantea en *Evangelii gaudium* tiene «consecuencias importantes» (EG, n. 25).

Pero él avanza más todavía, de una manera muy práctica, y nos dice que no nos conformemos con ponernos algunos objetivos para renovar nuestras comunidades sino que hay que «poner los medios necesarios» (EG, n. 25), porque no podemos «dejar las cosas como están» (EG, n. 25). Una nueva opción misionera tiene que ser «capaz de transformarlo todo» (EG, n. 27).

Este pedido es muy claro e insistente, pero a veces parece que estuviéramos como adormecidos, enredados en miles de cosas secundarias y des-

1 Víctor Manuel Fernández, teólogo y biblista, es el actual Rector de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Fue creado arzobispo de Tiburnia por el papa Francisco, en uno de sus primeros nombramientos episcopales. Colaboró con el entonces cardenal Bergoglio en la redacción del Documento Final de la Conferencia de Obispos latinoamericanos en Aparecida (Brasil), en 2007. Es miembro del Pontificio Consejo para la Cultura desde marzo de 2014. Fue designado por el papa Francisco como vicepresidente de la Comisión de redacción del Mensaje y miembro de la Comisión redactora del Documento final (*Relatio Synodi*) de la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos acerca de “Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la Evangelización”.

cuidando lo más importante. Algunos laicos más generosos y entusiastas suelen lamentar que no logramos reaccionar ante lo que el Espíritu Santo nos está pidiendo a través del papa. Le duele que no se vean reacciones en algunos obispos, en sacerdotes ni en muchos laicos que trabajan en parroquias, movimientos e instituciones católicas.

El reclamo del papa es muy profundo. Es como si nos dijera: «¡despierten!». «El mundo se nos escapa, la gente se aleja, muchos viven sin el amor y la luz de Jesucristo. No sigamos perdiendo el tiempo en cosas secundarias. ¡Entremos en un estado de misión, de búsqueda, de salida, de cercanía con todos! ¡Que nadie se quede sin escuchar de forma directa el anuncio de un Dios que ama, que salva, que vive! ¡No nos quedemos encerrados, salgamos!».

Si realmente escuchamos ese pedido, despertamos y reaccionamos, no se trata sólo de cambiar algunas cositas. El Papa dice que hace falta «transformarlo todo» (EG, n. 27) para la evangelización del mundo actual. No nos pide que organicemos alguna misión cada tanto, sino que entremos en un «estado permanente de misión» (EG, n. 25).

Por si quedaran dudas, en el punto 33 insiste y nos dice que en esto no tienen que haber «prohibiciones ni miedos». Es tan grande el desafío, que tenemos que ser capaces de inventar permanentemente formas de llegar a los demás, y para que eso ocurra tenemos que dejar a un lado el miedo a equivocarnos o a ser cuestionados. Por eso nos reclama ser «audaces y creativos» y actuar con más «generosidad y valentía» (EG, n. 33).

La propuesta es clara y contundente. Podrá gustarnos o no, podremos tener ganas o no, podremos estar de acuerdo o no, pero no podemos decir que no entendimos. ¿Nuestra opción es seguir durmiendo, seguir entretenidos en miles de distracciones, o despertar y reaccionar?

Sin embargo, dado que todavía algunos dicen que no saben exactamente qué habría que hacer, vamos a hacer un rápido y sencillo recorrido por algunas claves de *Evangelii gaudium*, sobre todo por su clave principal, de manera que las dudas no nos detengan.

El gran riesgo del mundo actual

No nos durmamos, no nos quedemos encerrados en nuestras comodidades, porque también los cristianos vivimos amenazados por el gran riesgo del mundo actual. ¿Cuál es ese riesgo? Lo explica muy bien el Papa al comienzo de *Evangelii gaudium*. Vale la pena que lo recordemos:

El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómo-do y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la

conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado (EG, n. 2)

2. La clave para aplicar cualquier documento

Cuando sale un documento importante, y se hacen reuniones para ver cómo aplicarlo, hay una dificultad. Porque nos cuesta descubrir el punto central. A veces no reconocemos qué es lo más específico y novedoso que el documento nos está pidiendo.

Entonces, cuando nos reunimos para tratar de aplicar un documento, lo que ocurre es que cada uno habla de lo que le interesa: el que se dedica a pastoral familiar habla de la familia, el que se dedica a catequesis insiste en la catequesis, el que se dedica a dictar cursos habla de la importancia de la formación. Cada uno sigue con lo suyo. Por eso, solo se termina con un listado de temas que son siempre los mismos, y nada cambia.

Si analizamos un documento sobre la pastoral del bautismo empezamos a hablar de la importancia de la eucaristía, de la necesidad de formación, de la oración, etc. De ese modo, el tema principal, que es el Bautismo, queda sepultado debajo de un montón de otras cuestiones. Y si es un documento sobre la Palabra de Dios, también aparecen los mismos temas: uno habla de la eucaristía, otro de la formación, etc. Así damos vueltas siempre sobre lo mismo y cada uno sigue haciendo lo que hacía siempre.

Cuando analizamos un documento que nos reclama un cambio, el secreto es que seamos capaces de descubrir qué es lo novedoso, qué es lo central, cuál es el desafío principal que nos está planteando. No son muchos temas, sino una cuestión fundamental, algo que todos tenemos que asumir en el propio lugar y en las propias tareas.

Si descubrimos eso, podemos ponernos todos de acuerdo y tirar para ese mismo lado. En lo que cada uno hace, se dejará interpelar, y todos buscaremos lo mismo, porque estaremos respondiendo a un pedido que va más allá de los propios intereses.

Todos los documentos hablan de muchos temas, pero el gran esfuerzo está en descubrir su mensaje central, el aporte nuevo y más importante que nos está desafiando ahora.

Manos a la obra

Una vez que descubrimos cuál es el pedido principal de un documento, entonces viene la segunda pregunta: «¿Cómo hacemos para lograr eso entre todos? ¿Qué medios tenemos que poner para lograr eso en la Iglesia?»

La tercera pregunta es la que deberá hacerse cada uno: «¿Cómo hago yo, en las tareas y actividades que realizo, para aplicar esto que la Iglesia nos está pidiendo ahora?».

3. La clave principal para aplicar *Evangelii gaudium*

Lo que hemos dicho vale para todos los documentos, pero muchísimo más cuando ese documento se presenta como un «programa» para toda la Iglesia. *Evangelii gaudium*, como dijo el Papa Francisco, «tiene un sentido programático» (EG, n. 25). Por lo tanto, ninguno se puede excusar y decir que no le interesa o que no le toca.

Ahora lo que nos preguntamos es: «¿Qué es lo central que nos está pidiendo este documento? ¿Cuál es el tema fundamental? ¿Cuál es el desafío principal que todos y cada uno tenemos que asumir?».

Para responder esa pregunta, es necesario aclarar que no es un documento sobre la «evangelización» en general. Porque la evangelización abarca todos los temas y actividades de la Iglesia. En la evangelización entran: la predicación, la catequesis, la formación, la tarea social, la liturgia, todo. Un documento de Pablo sexto, llamado *Evangelii nuntiandi*, en el subtítulo decía «sobre la *evangelización* del mundo actual». Por eso hablaba de muchos más temas: la liturgia, los sacramentos, los jóvenes, las comunidades de base, etc. En cambio, en *Evangelii gaudium*, el subtítulo dice precisamente así: «sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual».

Entonces queda claro que el tema central es «el anuncio», no la evangelización en general. Eso explica los temas que trata y los temas que no trata. Por eso se entiende que hable poco sobre los sacramentos y que se detenga mucho en la homilía. Eso explica también que al hablar de la catequesis no desarrolle todas las cuestiones relacionadas con la catequesis sino que se refiera a una catequesis centrada en el anuncio.

¿Anunciar qué?

¿A qué anuncio se refiere? Esta pregunta es fundamental, porque nos ayuda a precisar más el objetivo. No se refiere al anuncio de todas las doctrinas del Catecismo, sino sobre todo a ese núcleo del Evangelio que se lla-



ma *kerygma*. En el punto 36, para no dejar dudas, dice cuál es el contenido de ese anuncio:

La belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado.

Esto significa que tenemos que lograr que todos vean la belleza del amor que Dios les tiene, que reconozcan ese amor en Jesucristo entregado hasta el fin en la cruz, y que experimenten ese amor en el encuentro con Jesucristo resucitado, realmente vivo. Es el amor que nos salva: «Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (EG, n. 1).

Anuncio bien misionero

Ese es el anuncio que lleva un misionero cuando llega a un lugar donde Cristo no es conocido. Es el primer anuncio por dos razones: porque es el más importante y porque hay que empezar por allí. Todo lo demás viene después.

Por eso la propuesta del Papa es bien misionera. Nos pide que allí donde estemos nos concentremos en ese anuncio y que nos aseguremos de que todos, absolutamente todos, reciban personalmente ese anuncio, ya que «la alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie» (EG, n. 23).

Para que la Iglesia llegue a todos con este anuncio, es indispensable que cada cristiano lo asuma como una tarea permanente, que cada uno acepte que es un misionero:

Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal que se puede realizar en medio de una conversación y también es la que realiza un misionero cuando visita un hogar (EG, n. 127).

No hay que pretender explicar todas las enseñanzas de la Iglesia. Esta tarea misionera constante se hace «siempre recordando el anuncio fundamental: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad» (EG, n. 128).

La gran pregunta pastoral

Si esto queda claro, entonces la gran pregunta que hay que responder, cuando nos reunimos para tratar de aplicar este documento, es la siguiente: ¿Cómo hacemos para lograr que el anuncio fundamental llegue a todos y a cada uno? Más concretamente podemos preguntar esto:

¿Cómo hacemos para que en nuestra comunidad ese anuncio llegue a todas las personas del barrio?

Pero además es indispensable que cada uno se haga esta pregunta: ¿Cómo hago yo para colaborar de manera que ese anuncio pueda llegar a todos, qué puedo hacer yo en mis tareas para que ese anuncio aparezca con fuerza y atractivo y conquiste a las personas que se encuentren conmigo?

4. El primer anuncio en *Evangelii gaudium*

Este anuncio central, principal y fundamental (que llamamos *kerygma*) se puede expresar de distintas maneras, y uno tiene que ser creativo para descubrir cómo conviene transmitírselo a cada persona y en cada situación concreta. Hay miles de formas de expresarlo, con palabras, con símbolos, con imágenes. Hay una manera de decírselo a un niño, otras maneras para decírselo a un agnóstico, otras maneras para decírselo a un artista, otras maneras para decírselo a un enfermo, etc.

El kerygma en el Nuevo Testamento

De hecho, en el Nuevo Testamento no aparece siempre del mismo modo. En algunas partes se destaca el amor de Dios que envió a Jesús, en otros textos se destaca su entrega en la cruz, y en otros textos se destaca más que Jesús está vivo con nosotros. Porque los evangelizadores destacaban un aspecto u otro según lo que les parecía más conveniente. Por ejemplo, en el evangelio de Juan está expresado así:

«Tanto amó Dios al mundo que envió a su propio Hijo, para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna» (*Jn 3, 16*).

En los escritos de Pablo, el anuncio del Evangelio se concentra más en la fuerza salvadora de la cruz:

«Me amó y se entregó por mí» (*Gál 2, 20*).

«Todos pecaron y están privados de la gracia de Dios, pero son justificados por el don de su gracia a causa de la redención realizada en Cristo Jesús» (*Rom 3, 23-24*).

En los Hechos de los Apóstoles se ve que los discípulos destacaban sobre todo el anuncio de la resurrección:

«Dios le resucitó de entre los muertos y nosotros somos testigos de eso» (*Hch 3, 15*).

«Les anunciamos la buena Noticia de que la promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros los hijos, al resucitar a Jesús» (*Hch 13, 32-33*).

Cuando los acusadores de Pablo resumían lo que él enseñaba, decían que hablaba de Jesús «de quien afirma que está vivo» (*Hch* 25, 19). Vemos así que en los Hechos se remarca mucho el anuncio del Jesús vivo.

*¿Cómo lo propone *Evangelii gaudium*?*

Cuando *Evangelii gaudium* resume el mensaje fundamental del Evangelio, une todos estos distintos aspectos: el amor de Dios, la entrega salvadora de Cristo en la cruz y la seguridad de que él está vivo. Al menos en tres partes del documento aparece este anuncio central con distintas palabras. En el punto 36 dice que el núcleo del Evangelio es este: «La belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado».

¿Por qué comienza destacando «la belleza»? Porque no basta anunciar estas cosas si no mostramos la belleza que tienen, si no transmitimos el atractivo que poseen. El objetivo es lograr que todos acepten ese mensaje, que lo aprecien, que lo gocen, y no solamente que lo escuchen. Por eso hace falta una creatividad nuestra para buscar que este anuncio llegue a cada uno de tal forma que pueda admirar su hermosura y sentirse así personalmente atraído.

Pero en otras partes de *Evangelii gaudium* se vuelve a hablar de este anuncio central con otras palabras. Por ejemplo, en el punto 164:

«Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte».

En el punto 128 dice que «el anuncio fundamental» es: «el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad».

De otra forma más existencial, en el punto 121 también dice cuál es el mensaje misionero que siempre podemos y debemos transmitir:

Todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a otros.

Pregunta pastoral

Usemos la sensibilidad y la creatividad y preguntémonos juntos:

¿De qué maneras podemos expresar este anuncio a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a los trabajadores, a los distintos tipos de personas que habitan en nuestro barrio o nos encontramos cada día?

5. Todo lo demás es secundario y posterior

El primer anuncio no es algo que se escucha o se dice una vez y luego se deja atrás por cosas más importantes. Nunca debería ser olvidado, debilitado o abandonado como un paso ya superado. No es el primero porque se comunica y después se sustituye por cosas más profundas. Es el primero sobre todo porque es el anuncio principal, que siempre debe ocupar el centro de nuestras vidas.

El papa nos hace ver que muchas veces nos entretenemos y enredamos en un montón de cuestiones, y ese anuncio se va olvidando, va quedando sepultado por tantas otras cosas, y perdemos el gozo de vivirlo y el entusiasmo de anunciarlo. Nos convertimos en cristianos grises, resentidos, que nos conformamos con criticar amargamente los defectos de la sociedad, pero ya no atraemos a nadie con la belleza del Evangelio.

Por esa razón, *Evangelii gaudium* dice que no todas las verdades de la doctrina de la Iglesia tienen la misma importancia. El Evangelio tiene ante todo un «corazón» (EG, n. 34) o un «núcleo fundamental» (EG, n. 36), que es el *kerygma*. Las demás enseñanzas de la Iglesia están conectadas de distinta manera con ese «corazón», y por eso algunas son menos importantes que otras.

Esto tiene consecuencias. Francisco pide que en la predicación de los cristianos haya una proporción (EG, n. 38). Eso tiene que ver con los acentos que uno pone, con los temas en que uno insiste. Por ejemplo, hay gente que insiste mucho en que no hay que fumar, y habla de eso permanentemente, y lo remarca con fuerza. Pero en la predicación de los cristianos el acento y la insistencia deben estar sobre todo en el *kerygma* y en las verdades que están más conectadas con él. Si tenemos que insistir en algo, tiene que ser sobre todo en este anuncio más que en cualquier otro tema.

Una forma de evaluar esto es ver cada cuánto uno habla del amor de Dios o de Cristo vivo y cada cuánto habla de otros temas. El Papa pone un ejemplo: «Si un párroco a lo largo de un año litúrgico habla diez veces sobre la templanza y sólo dos o tres veces sobre la caridad o la justicia, se produce una desproporción donde las que se ensombrecen son precisamente aquellas virtudes que deberían estar más presentes en la predicación y en la catequesis. Lo mismo sucede cuando se habla más de la ley que de la gracia, más de la Iglesia que de Jesucristo, más del papa que de la Palabra de Dios» (EG, n. 38).



Corazones que arden de amor

Como respuesta al *kerygma* las virtudes principales son el amor y la fe. El Papa recuerda que «hay una *jerarquía* en las virtudes» (EG, n. 37). Siempre es más importante un acto de caridad que cualquier otro acto. Porque

«el Evangelio invita ante todo a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos». El papa recuerda que eso «¡en ninguna circunstancia se debe ensombrecer! Todas las virtudes están al servicio de esta respuesta de amor» (EG, n. 39).

Francisco dijo que lo primero es hacer «arder los corazones». Cuando la Iglesia habla únicamente o excesivamente de temas morales, no convencemos a nadie con nuestros argumentos, y perdemos la oportunidad de anunciar a Jesucristo, de hacer «arder los corazones». En cambio, si uno logra mostrar el atractivo del primer anuncio, entonces sí las personas se disponen a conversar más a fondo sobre otras cuestiones. Si siempre queremos decirlo todo, al final no queda nada, y dejamos de anunciar lo esencial por decir muchas cosas. En cambio, si somos capaces de concentrarnos en lo más importante y más bello, «la propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante» (EG, n. 35).

Eso no quiere decir que algunas veces no haya que hablar también de otros temas, pero el asunto es que no estemos hablando tanto y con tanta fuerza de muchos asuntos, que se termine debilitando el anuncio principal. El peligro es que hablemos de tantas cosas que la gente ya no perciba que les anunciamos el amor de Dios, la belleza de Jesucristo entregado por nosotros, la presencia de Jesús vivo con nosotros cada día. Al mismo tiempo, otro peligro está en que hablemos de tantas leyes y obligaciones, que nos olvidemos de estimular los actos de amor. Lo peor sería que los cristianos cumplan muchas cosas pero se olviden de amar al Señor y al prójimo, que dejen de ser generosos, amables, serviciales, que dejen de estar preocupados por los que sufren y felices de comunicar el tesoro del amor de Dios.

Finalmente, se nos pide que cuidemos el modo de expresar lo que anunciamos. Porque a veces, en esa forma de expresar las cosas, remarcamos más lo secundario que las cosas más importantes, bellas y atractivas, y así la gente se aleja del Evangelio. El papa dice que «el riesgo más grave» (EG, n. 41) es que digamos un montón de palabras correctas pero sin entregar la sustancia.

Preguntas pastorales

¿De qué temas hablamos más frecuentemente entre nosotros, qué cuestiones aparecen más seguido en las conversaciones en nuestra comunidad, en las reuniones, en las charlas que damos?

¿Los temas que aparecen más frecuentemente son los que tienen que ver con el *kerygma*, como el amor del Padre, la entrega de Jesús, su presencia viva, y el amor fraterno como respuesta a ese anuncio? ¿O los temas que más repetimos son otros?

¿Qué opinaría alguien de afuera que nos escuchara a menudo?

6. La reforma de la Iglesia y de sus comunidades al servicio de ese objetivo misionero

En *Evangelii gaudium* se nos pide que pongamos todo al servicio del proyecto principal: llegar a la vida de cada ser humano con el anuncio central del Evangelio. Para lograrlo, tenemos que «repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (EG, n. 33).

La reforma de la Iglesia que propone el Papa consiste sencillamente en colocar en segundo plano lo que no sirva muy directamente para llegar a todos con el primer anuncio. Por lo tanto, hay que colocar clara y decididamente en un primer plano todo lo que nos lleve de forma más directa a este objetivo principal. Por eso tiene tanta importancia la cercanía misericordiosa, el anuncio persona a persona, cuerpo a cuerpo, por encima de toda preocupación por las estructuras, organización, reuniones, discusiones, formalidades, etc. Evidentemente esto tiene consecuencias prácticas. Por ejemplo, que la mayor parte del tiempo de cualquier ministro o agente pastoral debería gastarse en este cuerpo a cuerpo llevando el Evangelio, como lo hacía, por ejemplo, el Cura Brochero.

El mismo Papa no solo lo dice sino que él nos da ejemplo, como es evidente. De hecho, él dedica horas y horas a estar cerca de la gente, a expresar el amor de Dios, a escuchar, a abrazar, a bendecir, de manera que la gente sienta que Jesús se vuelve cercano a través de la Iglesia. Le quita tiempo a reuniones importantes para estar cerca de la gente. Por eso dice que la parroquia, para no ser una estructura caduca, tiene que estar realmente cercana a los hogares y de ninguna manera convertirse en un grupo aislado. Pide que la parroquia «realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos» (EG, n. 28).

La tarea pastoral de cualquier comunidad, animada por este acento misionero, se convierte entonces en una prioridad por salir de sí a buscar a los alejados, por encima del mantenimiento de los que están.

Hace falta una firme decisión

Pero si aceptamos eso, tenemos que cambiar muchas cosas en nuestras comunidades. Sin embargo, no parece que hubiera mucho dinamismo en algunas parroquias, instituciones y movimientos. Parece que todo sigue igual. Se habla del Papa, se comentan las cosas que dice, pero no se producen grandes cambios para caminar en la línea de lo que el Espíritu Santo le está pidiendo a la Iglesia.

No son algunas pequeñas cosas las que hay que cambiar, sino todo, porque todo tiene que volverse misionero para poder llegar a todos:

«Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual» (EG, n. 27).

Hay que hacer todos los cambios necesarios para que salgamos de la comodidad y del encierro, de manera que «la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en *constante actitud de salida*» (EG, n. 27).

Cada parroquia, por ejemplo, debería hacer una gran asamblea para que todos se pregunten cómo podemos hacer para que se vuelva misionera en su propio territorio, como lo pide el Papa. Pero al mismo tiempo todos se tienen que preguntar si no hace falta comenzar de cero, armar la Parroquia entera de un modo completamente nuevo, para que todo se ponga al servicio del anuncio del *kerygma* a cada uno de los que habitan en ella.

Francisco dice que hay que cambiar las costumbres, el estilo, el lenguaje, y hasta los horarios, porque hay que preguntarse hasta esos detalles: si todos los horarios de la Parroquia realmente nos ayudan a llegar a todos. Del mismo modo, hay que preguntarse: ¿las reuniones que se hacen sirven para llegar a todos, o en realidad nos entretienen y nos quitan el tiempo que tenemos que dedicar para llegar a cada persona con el anuncio del amor del Señor? ¿Y la forma que tenemos de decir las cosas ayuda a que las personas abran el corazón a ese anuncio?

Como vemos, se nos está pidiendo que seamos capaces de transformarlo todo para que todas las comunidades de la Iglesia entren en un verdadero e intenso estado de misión. Esto vale también para todos los movimientos y todas las instituciones católicas.

Preguntas pastorales

¿Cuáles son las cosas concretas que deberíamos atrevernos a cambiar para que toda nuestra comunidad se vuelva bien misionera, para que pueda llegar a todas las personas del barrio y tocar sus corazones?

¿Cuáles son las cosas que más nos cuesta cambiar?

¿Por qué?

¿Qué podríamos hacer para decidirnos a un cambio importante que coloque a nuestra comunidad en estado permanente de misión?

7. Yo también tengo que llegar a las periferias

En el punto 15, el Papa indica quiénes son los principales destinatarios de esta cercanía misionera. Los presenta diciendo que son «los que están alejados de Cristo». Afirma, retomando a Juan Pablo II, que buscarlos a ellos es «la tarea *primordial* de la Iglesia» (*Redemptoris missio*, n. 34).

¿Quiénes son los «alejados»? No son solamente los que siempre han rechazado a Jesucristo o no lo conocen. Son también aquellos que «no tienen una pertenencia cordial a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe» (EG, n. 14). Es decir, son esas personas que ya no se consideran parte de la Iglesia, que se sienten fuera de ella, y que ya no viven su fe con gozo, con gusto. Se han alejado. En los países de América latina, por ejemplo, hay pocos ateos y pocos que desprecien a Jesucristo, pero hay muchos que no experimentan la alegría y el gusto de la fe o dejan de sentirse parte de la Iglesia. Las «periferias» son esos, que nuestras comunidades muchas veces olvidan o descuidan.

En definitiva, sin dar demasiadas vueltas al asunto, la invitación es esta: dar prioridad a esos que no están formando parte de nuestras comunidades. A esos tenemos que buscar. No podemos conformarnos con los que ya estamos, no podemos quedarnos mirándonos unos a otros, sino salir a buscar a los que no están viviendo la alegría de la fe. Lo que más interesa son los que no están, los alejados. Ellos son las “periferias”, aunque estén al lado de mi casa, aunque sean mis compañeros de trabajo, aunque los encuentre por la calle o en un transporte público. No hace falta ir al África ni a barrios lejanos para llegar a las “periferias”, porque alejados del Señor hay en todas partes.

Si la comunidad se ocupa sobre todo de los que están en ella, ha dejado de ser misionera. Recuerdo a algunos curas viejos, que dedicaban bastante tiempo a salir a buscar a los que no estaban. Hoy vemos que no se trata necesariamente de meterlos en la estructura de la parroquia o de un movimiento. Pueden vivir su relación con el Señor en su trabajo, en medio

de su profesión, aunque no estén en un grupo cristiano. Lo importante es buscarlos para que se encuentren con el Señor, y después se verá en cada caso cómo puede seguir ese camino. Pero nos falta aquel coraje y aquella santa obsesión de estar siempre buscando, persona a persona.

Persona a persona

Cada cristiano está llamado a colaborar con este anuncio misionero haciendo un trabajo cuerpo a cuerpo, persona a persona. Y esto vale para todos. Un catequista no puede decir que con la catequesis que él da ya ha cumplido. Él también tiene que ocuparse de anunciar el amor del Señor a los que están alejados. Quizás no tenga tiempo para comprometerse a visitar los hogares de la Parroquia, pero debe atreverse a hacer ese anuncio a los familiares de los niños que van a su catequesis, a los vecinos de su barrio, a sus amigos, a las personas que encuentra en distintos lugares. Y eso vale igualmente para todos y cada uno de los cristianos. Si todos aceptáramos ese desafío con valentía, entonces sí la Iglesia podrá llegar a todos, como las raíces de una planta que van penetrando todos los rincones, como las venas del cuerpo que llegan a todos los órganos del organismo, como la luz del sol que penetra en todas partes. El Papa nos recuerda que «ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino» (EG, n. 127).

Para hacer este anuncio persona a persona tenemos que estar convencidos de que cada ser humano tiene un valor inmenso. Recordemos cómo lo dice *Evangelii gaudium*:

Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida. Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres! (EG, n. 274).

A veces, cuando viajo en colectivo y voy conversando con alguien, escucho sus quejas sobre el país, la economía y el tránsito. Pero luego le pregunto: «Y usted, ¿cómo está?». Entonces empieza a hablar de sus angustias

más profundas. Finalmente, termino proponiéndole que le abra el corazón al amor de Dios, que se deje salvar por Jesús y que lo descubra vivo a su lado, que converse con él. Otras veces, paso a tomar un café por un bar, y la dueña me pide que se lo bendiga. Entonces aprovecho para presentarle el gran anuncio.

Primerear

El Papa dice que la Iglesia «sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear!» (EG, n. 24).

Para hacer un anuncio persona a persona hay que tener la valentía de primerear a los demás, de tomar la iniciativa. Si nos quedamos a esperar que vengan a preguntarnos o a consultarnos, nunca vamos a anunciar el Evangelio. Hace falta la decisión de tomar la iniciativa, y para eso hay que vencer el miedo y la vergüenza. Si nos atrevemos a hacerlo, vamos a crecer mucho en nuestra propia fe y la vamos a vivir con más alegría y profundidad. Hay que dejar a un lado todo pudor y arrojarse en los brazos del Señor, dejarse impulsar por el Espíritu, creer que vale la pena, y sentirlo como una misión que no podemos dejar de cumplir.

Preguntas pastorales

¿Podrías ponerte en oración un momento, y hacer un listado de las personas que te encuentras frecuentemente, para imaginar con la luz del Señor cómo podrías transmitirles el gran anuncio?

¿Podrías imaginar cuáles son las resistencias que hay en esos corazones y pedirle al Señor que te ayude a superarlas para llegar a ellos?

¿Podrías ofrecerle al Señor con sinceridad el firme compromiso de verte misionero persona a persona y de primerear a las personas que te encuentres por ahí?

8. El bien posible

La cercanía misionera que propone el Papa está siempre cargada de misericordia. Uno no se acerca a los demás para juzgarlos, sino para ofrecerles la salvación del Señor. El Papa nos invita a tener una gran comprensión con los límites humanos donde se encarna el anuncio. Nos propone una paciencia inmensa y misericordiosa con las personas, de manera que en la Iglesia realmente haya lugar para todos.



Hay que aceptar que no se puede conseguir todo de golpe, y que el crecimiento de las personas suele ser muy lento, por etapas, paso a paso. Por eso «hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día» (EG, n. 44).

A veces nos gustaría ver cambios llamativos en la vida de las personas, y sólo vemos pequeños avances. Pero «un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades» (EG, n. 44). Si alguien puede al menos un poquito, no hay que despreciarlo por lo que no puede. Al contrario, hay que darle lugar en la comunidad y valorar ese poquito para alentarle a seguir creciendo.

Dios siempre hace su obra en las personas que se abren a su amor, pero él lo hace a su manera y con sus tiempos, no con nuestras ansiedades. Si la perfección no es posible, al menos es posible ese pequeño paso: «Un corazón misionero sabe de esos límites... No renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino» (EG, n. 45).

Paciente misericordia

El papa insiste en una Iglesia «con las puertas abiertas» (EG, n. 46) para todos, no sólo para los que parecen sanos y perfectos. Hay lugar para todos, aunque estén llenos de límites y pecados. Por supuesto que a todos los invita a crecer, pero sabiendo que cada uno tiene su tiempo: «Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia» (EG, n. 171).

El que ya ha madurado y crecido mucho, es capaz de «detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad» (EG, n. 46).

Una Iglesia con corazón misionero nunca es una jueza implacable que cierra el paso. Siempre trata de comprender los límites y los condicionamientos de los demás, y es capaz de reconocer, en medio de las miserias, esa obra silenciosa y misteriosa que el Espíritu Santo realiza en la vida de las personas. Basta que alguien comience a abrirse a su amor para que el Señor empiece a transformar poco a poco su vida. Pero cuando los cristianos se vuelven demasiado exigentes y pierden la capacidad de comprender, a veces abortan y arruinan esa obra paciente de Dios, que nunca se cansa de esperar y de perdonar.

Y si alguno cae y vuelve a caer, Francisco nos dice cuál es el mensaje que tenemos que transmitirle:

«Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!» (EG, n. 3).

Preguntas pastorales

¿Cuáles son las dificultades que tenemos para comprender los defectos de los demás?

¿Por qué nos cuesta ser misericordiosos y pacientes con algunas personas?

¿Qué problemas tiene la comunidad para dar lugar a todos sin excluir a nadie?

9. Con todos: libertad de carismas y audacia creativa

Para que la Iglesia llegue a todos, los que anuncian el Evangelio a los demás no pueden ser unos pocos. Tampoco deben ser todos de un mismo estilo. Para llegar a todos los rincones y periferias hacen falta todo tipo de agentes pastorales, con diversos carismas y características, con diferentes formas de ser y de expresarse. Todos tienen que ser convocados y alentados, para que sean misioneros a su manera.

Deben ser misioneros aunque sean imperfectos. De otra manera, es imposible llegar realmente a todos. Esto supone audacia, paciencia, libertad interior, confianza en el Espíritu.

Todos tienen que ser misioneros, aunque sean pecadores, y aunque tengan muy poca preparación, porque esa es la única manera de llegar a todos y de no quedarnos encerrados en un grupo de personas de un determinado estilo o categoría. Hay que convencerse de que no es necesario que todos los que anuncien el Evangelio a los demás sean personas muy preparadas. Miremos lo que dice el papa:

«Si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo



cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús» (EG, n. 120).

Está clarísimo. No hay excusas. Francisco nos recuerda que los primeros discípulos salieron enseguida a anunciar a Jesús, sin esperar mucha preparación. Lo mismo hicieron la Samaritana y san Pablo. Por eso nos pregunta qué estamos esperando nosotros (EG, n. 120).

Algunos se excusan por sus imperfecciones o por sus pocos conocimientos, o por su dificultad para expresarse. A esos el Papa les dice:

Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa (EG, n. 121).

Todos los carismas

Siguiendo la misma línea de pensamiento pastoral, el Papa habla de la diversidad de carismas. Para cada necesidad de la evangelización, el Espíritu Santo derrama algún carisma. Por ejemplo, para llegar a los niños derrama carismas en algunas personas. Para llegar a las personas muy sensibles derrama carismas en otras personas que tienen una sensibilidad parecida. Para llegar a los locos derrama carismas en algunos locos. Estos carismas son también incontrolables y a veces son incómodos. Pero son regalos de Dios que permiten llegar a determinados grupos de personas a los que de otra manera no llegaríamos. Por eso dice Francisco que «las diferencias entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno y convertirlo en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción» (EG, n. 131). Hay que renunciar a los esquemas cerrados, al falso intelectualismo que quiere entender o explicar todo, porque «es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie» (EG, n. 23).

Todo esto nos reclama mayor confianza en la acción del Espíritu y en la gente, con más libertad y audacia, con más capacidad para buscar y alentar el ejercicio de esos carismas evangelizadores presentes por todas partes y de formas tan variadas. Hay que lograr que surjan esas formas evangelizadoras que brotan del pueblo mismo más allá del control y de las estructuras eclesiales, y que por eso son capaces de penetrar en lugares donde no pueden llegar nuestras estructuras pastorales.

Una nueva cultura que transmita la fe

Sabemos que no podemos llegar a todos si solo nos movemos con un grupo reducido. Tenemos que reconocer que el Espíritu Santo hace una obra misionera a través del Pueblo de Dios. Cuando la gente más sencilla lleva a sus hijos a bautizar, o cuando invita a sus amigos a rezar, o cuando lleva a sus familiares a una peregrinación, de ese modo también está transmitiendo que el Señor nos ama y nos salva. Hay gente que no tiene mucha formación, pero cuando besa a Jesús en la cruz y hace que su hijo lo bese, está proponiéndole una relación de amistad con el Señor. Ese es el poder evangelizador de la piedad popular.

Ese Pueblo de Dios, de esta forma espontánea, ha creado miles de símbolos y de gestos que ayudan a transmitir la fe. Ha desparramado ermitas por todas partes, ha creado canciones y tantas cosas que ayudan a los demás a recordar al Señor. Hay miles e incontrolables maneras en que la piedad popular transmite la fe. Por eso dice el papa: «¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!» (EG, n. 124). Más bien se trata de reconocer, alentar, y provocar esos múltiples signos cristianos que puede ir produciendo la cultura popular cristiana.

Esto nos ayuda a descubrir que, en la tarea evangelizadora, hay que alentar que surjan esas expresiones populares de la fe que ayudan a que otros se acerquen espontáneamente. Algunos inventarán canciones, otros harán pinturas, otros organizarán festivales de jóvenes, otros crearán nuevas procesiones, otros pondrán imágenes de Jesús o de María en sus barrios, y así se van creando miles de cosas que hablan del Señor en medio de la vida de la gente, fuera de las iglesias. Con el tiempo, eso se va convirtiendo en algo cultural, es decir, en algo que forma parte de los sentimientos y de la existencia del pueblo, y todo eso ayuda a transmitir la fe.

Francisco nos pide que seamos creativos, y nos explica:

No hay que pensar que el anuncio evangélico deba transmitirse siempre con determinadas fórmulas aprendidas, o con palabras precisas que expresen un contenido absolutamente invariable. Se transmite de formas tan diversas que sería imposible describirlas o catalogarlas (EG, n. 129).

Hay que despertarse, ponerse las pilas, y entusiasmarse para buscar esas formas de transmitir el Evangelio, de manera que vaya surgiendo una cultura juvenil cristiana, una cultura cristiana de los barrios pobres, una cultura cristiana en el arte, una cultura cristiana en la medicina, etc. Entre todos podemos alentarnos para lograr juntos cosas hermosas para el Señor, porque «cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creati-

vos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual» (EG, n. 11).

Preguntas pastorales

Para aprender a ser valientes, audaces y creativos como nos pide *Evangelii gaudium*, es bueno que nos hagamos algunas preguntas.

¿Cómo podemos hacer para lograr que todos los que se encontraron con el Señor se vuelvan realmente misioneros persona a persona?

¿Cómo podría ser una brevísima preparación que los ayude y los lance rápidamente a la misión?

¿Qué personas de nuestro barrio podrían convertirse en atractivos misioneros allí donde viven y trabajan, para llegar a esos lugares donde no logramos llegar?

¿Qué carismas puede haber entre nosotros que todavía no estamos aprovechando para llegar a todos?

¿Qué cosas podemos inventar para tocar la sensibilidad de los distintos sectores de nuestro barrio?

10. Algo transversal y permanente

Algunos insisten en que hay que formar a la gente. Otros se preguntan qué pasa después que una persona ha recibido el primer anuncio y ha experimentado una conversión.

Es verdad que hay que ayudar a las personas a crecer, a madurar en la fe. Pero si algunos se acercan al Señor, y nos ocupamos demasiado de tenerlos encerrados, dándoles cursos para formarlos, entonces dejamos de ser misioneros, y afuera hay un mundo inmenso que necesita recibir el anuncio.

Lo que hay que recordar entonces, es que las personas que se acercan al Señor tienen que ser acompañadas para que crezcan, ¿pero cómo? Es muy importante que rápidamente se conviertan en misioneros, que se dediquen a llevar a otros esa hermosura que han encontrado y que les ayuda a vivir mejor. Todas las personas que participan en grupos de oración o en charlas formativas, tienen que ser rápidamente enviadas a anunciar el *kerygma* a los otros. Si lo hacen, eso mismo será un estímulo para que traten de madurar y de crecer: «La misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo» (EG, n. 121).

Además, hay que recordar que el crecimiento no consiste tanto en acumular conocimientos sino en amar más a los hermanos:

«No sería correcto interpretar este llamado al crecimiento exclusiva o prioritariamente como una formación doctrinal. Se trata de «observar» lo que el Señor nos ha indicado, como respuesta a su amor, donde se destaca, junto con todas las virtudes, aquel mandamiento nuevo que es el primero, el más grande, el que mejor nos identifica como discípulos: «Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12). Es evidente que cuando los autores del Nuevo Testamento quieren reducir a una última síntesis, a lo más esencial, el mensaje moral cristiano, nos presentan la exigencia ineludible del amor al prójimo» (EG, n. 161).

Volver una y otra vez al primer anuncio

Pero también tenemos que recordar que el *kerygma* no es solo un primer paso que queda en el pasado, sino que es lo central, lo más importante. Entonces, el crecimiento de un cristiano está ante todo en profundizar cada vez más ese primer anuncio, en vivirlo cada vez más profundamente por la fe y el amor.

Por eso, el papa pide que evitemos el riesgo más grande, que sería el siguiente: dando más y más contenidos, más y más doctrina, ir olvidando y debilitando la fuerza renovadora del primer anuncio y la respuesta de amor generoso que reclama. A veces se habla de una formación «más sólida», como si por saber un montón de detalles uno se volviera más firme en la fe. En realidad no hay nada más sólido que estar cada vez más convencido del amor del Señor, cada vez más agradecido por la entrega de Jesús en la cruz, cada vez más feliz de saberlo resucitado, cada vez más consciente de que él está en cada hermano:

Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Toda formación cristiana es ante todo la profundización del *kerygma* que se va haciendo carne cada vez más y mejor (EG, n. 165).

Por eso decimos que el *kerygma* es algo «transversal». Eso significa que debe atravesarlo todo y estar presente en todas las tareas que hagamos y en toda la predicación de la Iglesia. En la catequesis, por ejemplo, el *kerygma* no es un tema más, sino algo que debe atravesar toda la catequesis para profundizarlo cada vez más y vivirlo cada vez mejor.

Necesitamos volver a escucharlo una y otra vez, y por eso hace falta que en nuestras comunidades resuene constantemente, de distintas maneras y con distintas palabras ese primer anuncio. Lo peor que nos puede pasar es olvidar ese anuncio. Por eso es bueno que no sólo se lo digamos



a los alejados, sino que volvamos a comunicarlo constantemente entre nosotros, unos a otros.

Entonces, está muy bien que tratemos de aprender y de transmitir más cosas de la enseñanza de la Iglesia. Pero tenemos que asegurarnos que eso siempre ayude para dejarnos amar más por el Señor, para amar más a los demás y para ser mejores misioneros.

Pregunta pastoral

¿Cómo podemos hacer para que en nuestra comunidad, en todas nuestras actividades, y también entre nosotros, pueda resonar más frecuentemente y de distintas maneras el primer anuncio, para que todos volvamos siempre a escucharlo y a conmovernos, para que la llama nunca se apague?

11. La dimensión social del anuncio

Francisco dice que *Evangelii gaudium* no es un documento social. Su tema es el anuncio misionero. Pero igualmente dedica un capítulo a la dimensión social de la evangelización. ¿Por qué lo hace?

1) Porque el mismo anuncio del Evangelio es comunitario y social, y si uno lo entiende y lo transmite solo como una cuestión individual (mi relación con Jesús), todo empieza mal. Por eso el primer punto del capítulo 4 se titula: «las repercusiones comunitarias y sociales *del kerygma*». Lo explica así:

El *kerygma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad (EG, n. 177).

Si no comprendemos eso desde el comienzo, vamos a transmitir la idea equivocada de que la vida cristiana es solo una relación individual con Jesús, sin comunidad, sin fraternidad, sin generosidad. Nunca hay que olvidar que «tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales» (EG, n. 180).

2) Además, Francisco está convencido de que la tarea misionera actúa por atracción, atrayendo a las personas por la belleza que le proponemos. Pero si transmitimos un cristianismo individualista, eso no es bello y no termina de convencer. Lo que atrae y seduce del Evangelio es la íntima unión entre espiritualidad profunda y compromiso social, es esa unión entre amor a Dios y amor al prójimo, es la fuerte relación entre mística y opción por los pobres, entre la amistad con Dios y nuestra preocupación

por la sociedad. La unión entre las dos cosas es lo que manifiesta la hermosura y el atractivo del Evangelio.

Cuando anunciamos el *kerygma* a los demás, tenemos que mostrarles lo bueno de vivir como hermanos, de apoyarnos unos a otros, de hacer el bien a los demás como Jesús, de entregarnos por los otros como lo hizo él. Y si acercamos a alguien a la comunidad, tendremos que mostrarle cómo se vive fraternalmente, cómo se sirve a los demás, cómo se experimenta el fervor misionero. En cambio, si le mostramos una comunidad de gente individualista, encerrada en su pequeño mundo, eso debilita el atractivo del Evangelio y esa persona perderá sus deseos de entregarse al Señor.

Los descartables

En el cuarto capítulo de *Evangelii gaudium*, el papa se detiene a explicar la opción por los pobres. Allí nos da una explicación y una fundamentación bíblica de esa opción mejor que en cualquier documento del Magisterio. Nos presenta la opción por los pobres como una cuestión muy profunda de fe y de fidelidad religiosa al Evangelio. Por eso resalta el caso de San Pablo narrado en Gálatas 2. Cuando Pablo quiso saber si no estaba corriendo inútilmente, fue a consultar a los Apóstoles a Jerusalén. Ellos le dijeron que estaba todo bien, pero Pablo cuenta que lo único que le pidieron es esto: «que nos acordáramos de los pobres» (*Gál 2, 10*). Si los cristianos se acordaban de los pobres eso demostraba que esas comunidades realmente habían salido del paganismo y habían encontrado a Jesús. Nosotros no podemos ignorar esta enseñanza aunque no nos guste o no nos interese.

Desde un punto de vista pragmático hay gente que no entiende esta insistencia de Francisco. Porque creen que es más conveniente dedicarse a las personas que tienen poder, sea político, económico, intelectual o mediático. A nadie se le ocurre llevar adelante un gran proyecto con los descartables de la sociedad. Pero desde un punto de vista de la fe, uno cree en los efectos misteriosos de esa opción que nos pide el Evangelio. Si no nos convencemos, recordemos lo que dijo el mismo Jesús: «Cuando des un banquete no invites a tus amigos o a los vecinos ricos... Invita a los pobres, a los cojos, a los ciegos... que no te pueden corresponder» (*Lc 14, 12-14*). Clarísimo. Eso es Evangelio puro. Entonces, en la tarea misionera, y en nuestra evangelización persona a persona, no podrán faltar los pobres y abandonados, los descartables de la sociedad. Si nos olvidamos de ellos, nuestra misión no tendrá toda la fuerza del Espíritu. Es una cuestión de fe.

Preguntas pastorales

¿Se nota en nuestra comunidad y en todos nuestros grupos que el Evangelio no es algo individualista, sino comunitario y social?



¿Se nota que a nuestra comunidad le preocupan realmente los problemas de la gente, de la sociedad, y especialmente de los que sufren y de los más pobres?

¿Cómo podemos hacer para que en nuestra comunidad se note más la dimensión social del Evangelio?

¿De qué maneras concretas podríamos llegar más a los pobres e incorporarlos mejor para que no se sientan extraños en nuestra comunidad?

¿La comunidad sería capaz de detenerse a orar con *Lc 14, 12-14*, para tomar la firme decisión de responder a lo que le pide ese texto del Evangelio?

12. El «espíritu»

Todo lo que hemos visto es muy claro, pero no basta entenderlo para que reaccionemos. Si de verdad queremos que se produzca un cambio real, hace falta que brote un «espíritu». Una persona nunca se decidirá a acercarse a otra para anunciarle el *kerygma* si no tiene una fuerte motivación interior. Si le falta «espíritu» nunca superará la vergüenza, la comodidad, el egoísmo. Por eso el Papa dedica el último capítulo de *Evangelii gaudium* a proponernos algunas motivaciones que nos ayuden a darle fuego, alegría y energía a ese «espíritu». Estamos llamados a «la alegría del Evangelio», que es la alegría de vivirlo y de comunicarlo a los demás.

El papa Francisco sabe que hoy no bastan los propósitos o las buenas intenciones. Hace falta que las convicciones misioneras se hagan carne en una vida interior que movilice, que otorgue entusiasmo y ardor a la opción misionera. Por eso, en cada comunidad es indispensable ver cómo podemos profundizar y asumir las motivaciones de mística misionera que propone el Papa. Solo si brota en nuestro interior ese “espíritu misionero” podremos superar toda tentación de abulia, comodidad y mediocridad en la entrega. Veamos lo que dice el Francisco sobre este punto:

Quando se dice que algo tiene “espíritu”, esto suele indicar unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria. Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones y deseos. ¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa! (EG, n. 261).

A ese «espíritu misionero» lleno de fervor, entusiasmo y audacia, lo derrama el Espíritu Santo. Por eso, antes que nada, «evangelizadores con

Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo» (259). Para tener fervor, coraje y libertad misionera, necesitamos invocar una y otra vez al Espíritu Santo, ponernos en oración y dejar que nos transforme y nos impulse, pedirle su fuerza cada vez que se presenta una ocasión para anunciar el Evangelio.

Pero también es necesario que nosotros hagamos un esfuerzo para motivarnos, para hacer crecer el deseo de la misión, para encontrar estímulos que nos ayuden a amar la misión. El Papa nos propone tres motivaciones. Sería bueno recordarlas y profundizarlas en la oración personal, en los retiros que hagamos, y que los sacerdotes las recuerden en las homilías y en las charlas.

¿Cuáles son esas tres grandes motivaciones que nos propone Francisco? Son: el encuentro personal con el amor de Cristo salvador, el gusto espiritual de ser pueblo, y la confianza en la acción misteriosa del Resucitado y del Espíritu. Las tres cosas juntas nos permiten superar las tentaciones de los agentes pastorales que apagan el fervor misionero. Evidentemente, se trata de cosas que, para que se conviertan realmente en fuertes móviles interiores, necesitan de un trabajo largo, profundo y permanente.

Leamos algunos párrafos que resumen estas tres motivaciones:

El encuentro personal con el amor de Cristo salvador

Uno no puede anunciar el amor de Cristo que nos salva si no lo vive agradecido, si no lo experimenta con gozo. Para ser misioneros es indispensable «la propia experiencia, constantemente renovada, de gustar su amistad y su mensaje» (EG, n. 266). Gracias a esa experiencia, uno siente que no puede vivir sin el Señor, que necesita su amor y su presencia, y entonces sabe con seguridad que los demás también podrían vivir mejor si tuvieran esa experiencia:

No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón (EG, n. 266).

Esto es mucho más que una teoría o una doctrina. Es la experiencia de no estar más solo en la vida, es la certeza de que ya no existirá para nosotros la soledad o el abandono, pase lo que pase: «El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con



él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera» (EG, n. 266). Por eso, tampoco se siente solo cuando anuncia el Evangelio, porque sabe que Jesús está allí con él: «Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie» (EG, n. 266).

El gusto espiritual de ser pueblo

Pero si uno ama a Jesús y no quiere a la gente, tampoco tendrá fuerza misionera. Sentirá que no vale la pena hacer algo por los demás, o lo hará sólo por obligación. Le faltará cariño, fuerza, convicción. Porque «la misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo» (EG, n. 268). Sólo puede ser misionero alguien que reconoce que, más allá de la apariencia, cada ser humano tiene un valor infinito y merece nuestra generosidad misionera: «Cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega» (EG, n. 274).

El papa nos muestra que «Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo. ¡Qué bien nos hace mirarlo cercano a todos!» (EG, n. 269). Por eso, si meditamos el Evangelio y lo vemos a Jesús constantemente entregado a la gente, nos sentimos llamados a hacer lo mismo. Porque «Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás» (EG, n. 270). Él espera que salgamos de nuestros refugios «para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo... Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo» (EG, nn. 270-271).

Francisco nos recuerda que amar a la gente y entregarnos a la misión por amor al pueblo nos hace mucho bien, nos madura, nos hace más felices:

De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo... Cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor... Solo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros (EG, nn. 271-272).

La confianza en la acción misteriosa del Resucitado y del Espíritu

Pero para ser misioneros felices y entregados sin descanso, hace falta una tercera motivación que tenemos que hacer carne. Es convencernos de que nuestra entrega en el anuncio del Evangelio siempre produce frutos, más allá de lo que nosotros veamos, más allá de lo que podamos verificar o evaluar: «La Iglesia debe aceptar esa libertad inaferrable de la Palabra, que es eficaz a su manera, y de formas muy diversas que suelen superar nuestras previsiones y romper nuestros esquemas» (EG, n. 22).

Algunos se cansan y debilitan su entrega porque quieren ver resultados, y si no los ven se sienten inútiles o fracasados. Entonces abandonan la tarea. Pero el papa Francisco nos dice:

Si pensamos que las cosas no van a cambiar, recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive... Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo ... Siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva! (EG, nn. 275-278).

No importa si no vemos resultados. El Señor toma nuestros esfuerzos y los usa para producir frutos como él quiere y donde él quiere, pero siempre nos hace fecundos:

Como no siempre vemos esos brotes, nos hace falta una certeza interior, y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos... *Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo* (cf. *Jn* 15, 5). Tal fecundidad es muchas veces invisible, inaferrable, no puede ser contabilizada. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida (EG, n. 279).

El papa nos propone vivir la entrega misionera sin ansiedades, con paz interior, dejando que el Espíritu Santo actúe a través de nosotros como a él se le ocurra:

Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca... No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos! (EG, n. 279-280).

Las tentaciones

Recordemos que en contra de ese «espíritu» están las tentaciones de los agentes pastorales, que apagan el fervor evangelizador. Es muy sano que tengamos conciencia de esas tentaciones para que las descubramos a tiempo y no dejemos que nos debiliten el fervor misionero.

Resumiendo, esas tentaciones que hoy tienen que ver con: «una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión» (EG, n. 78), un «complejo de inferioridad que les lleva a relativizar u ocultar su identidad cristiana» (EG, n. 79), «las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas» (EG, n. 82), «el inmediatez ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz» (EG, n. 82), «la constante tentación de apegarse a una tristeza dulce, sin esperanza» (EG, n. 83), «la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre» (EG, n. 85), «el temor a ser invadidos... escapar de los demás hacia la privacidad cómoda» (EG, n. 88), «buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana» (EG, n. 93), «una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos», «confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas», «gastan las energías en controlar» (EG, n. 94), «mostrarse a sí mismo» o «un funcionalismo empresarial» (EG, n. 95), «formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos...» (EG, n. 100).

Todo esto desgasta, detiene, hace perder el tiempo y las energías que deberían usarse en una incontenible fuerza misionera. Es la “crisis del compromiso comunitario”, porque nos encierra en nosotros mismos y nos quita las ganas de hacer algo por los demás. Lo que el papa dice sobre estas tentaciones es útil para un examen de conciencia pastoral de las comunidades, para ser profundizado en retiros, para releerlo periódicamente cuando se adviertan crisis o una caída del fervor.

Salir de sí en lugar de la autorreferencialidad

Hay una cosa que destruye todas esas tentaciones. Veamos cuál es. *Evangelii gaudium* comienza con una invitación a la alegría, que se vive en el disfrute de las cosas simples y cotidianas. Pero en el punto 8 se va al centro, y allí dice cómo se alcanza la alegría más bella: solo gracias al encuentro con el amor de Dios «somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora» (EG, n. 8).

La «autorreferencialidad» es estar pendiente de uno mismo, de las propias necesidades y los propios proyectos, sin pensar en los demás y en la gloria de Dios. La «conciencia aislada» es no dejarse tocar por el amor de Dios, y entonces vivir encerrado en la propia insatisfacción y en las propias ideas. Todo eso se resume en lo que el papa llama la “mundanidad espiritual”, porque nos volvemos egoístas y vanidosos pero creemos que somos espirituales.

Pero hay que descubrir cuál es la propuesta positiva para romper esos vicios: *la salida de sí*. Es decir, que nos abramos al amor del Señor y le permitamos que nos saque más allá de nosotros mismos, para volvernos cercanos a todos y llenos de misericordiosa. Aplicando esto a la Iglesia, aquí está el punto de partida de la evangelización. La Iglesia también debe salir de sí, y eso es la misión. En el punto 9, retoma un viejo principio: “el bien siempre tiende a comunicarse”. Si uno realmente se ha dejado transformar por Dios, ese bien que recibió busca llegar a otros, comunicarse, compartirse. Si lo hacemos somos felices y nos realizamos como personas. Si nos encerramos en nosotros mismos, perdemos vida, alegría y felicidad: «Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla. Por eso, quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien» (EG, n. 9). Invoquemos al Espíritu Santo todos los días y en cada momento, para que él nos saque de nosotros mismos y así nos haga conocer la verdadera alegría.

Preguntas pastorales

¿Cómo anda el espíritu de nuestra comunidad? ¿Es realmente una comunidad llena de vida, que sale de sí misma e ilumina a todos?

¿Cómo podemos hacer entre todos para llenarnos de ese espíritu que nos propone Francisco?

En distintos momentos y en distintas reuniones ¿la comunidad sería capaz de profundizar esas tres motivaciones que explica *Evangelii gaudium*?

Tanto las motivaciones como las tentaciones de los agentes pastorales, no sirven para nada si cada uno no las lleva a su oración personal con profunda sinceridad. ¿Cómo podríamos facilitar esos momentos de oración personal y comunitaria para reconocer las propias tentaciones y para asumir las motivaciones misioneras?